



REVISTAS CIENTÍFICAS  
de la Universidad Católica del Norte.  
revistas.ucn.cl



CUADERNOS DE TEOLOGÍA  
Universidad Católica del Norte

doi 10.22199/issn.0719-8175-4947


ISSN: 0719-8175 (En línea)

## Aprender, interpretar y actualizar: una manera de vencer la tentación de la espiritualidad individualista

### Learning, interpreting and updating: A way to overcome the temptation of individualistic spirituality

José Gregorio Rodríguez Suárez<sup>1</sup>  [orcid.org/0000-0002-2236-4820](https://orcid.org/0000-0002-2236-4820)

<sup>1</sup> Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO, Bogotá – Colombia. Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Magister en Teología Espiritual de la Universidad Católica de Honduras y doctorando en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Colombia.

 gregocjm@gmail.com



#### Resumen:

La coherencia entre la fe que se profesa y la vida que se lleva es fundamental para la credibilidad de la experiencia religiosa. Para el cristianismo, las enseñanzas de Jesús son paradigmáticas, de manera que lo aprendido es interpretado y actualizado por sus discípulos en sus contextos vitales. El objetivo de este artículo es proponer una manera para vencer el individualismo y las formas de espiritualidad sin encuentro con Dios, a partir de la enseñanza de Jesús en el texto de Lucas 10, 25-37. Por ser una investigación cualitativa documental, se realizó una revisión bibliográfica para el abordaje bíblico-teológico de tema. Como parte del resultado parcial de la investigación doctoral en Teología, se concluye que, amar con palabras y obras es compromiso ético por el servicio concreto al prójimo como manifestación de la auténtica experiencia de Dios.

**Palabras Clave:** discipulado; prójimo; caridad; tempiternidad.

#### Abstract:

Coherence between faith professed and life lived is fundamental for religious experience credibility. For Christianity, Jesus' lessons are paradigmatic. So, what is learned is interpreted and updated by his disciples in their vital contexts. The objective of this paper is to propose a way to overcome individualism and forms of spirituality without encountering God, based on Jesus' teaching in Luke 10:25-37. Since this is a qualitative documentary study a bibliographical review is made to address the topic from a biblical-theological approach. This paper shows partial results of PhD research in theology, concluding that love with words and actions is an ethical commitment to concrete service to others, as a manifestation of the authentic experience of God.

**Keywords:** discipleship; neighbor; charity; tempiternity.

Fecha de recepción: 04 de junio de 2021 | Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2022

## Introducción

La crisis sanitaria por el Covid-19 ha hecho que tomemos conciencia de nuestra vulnerabilidad y finitud, pues son millones los contagiados y los muertos a nivel mundial, solo basta revisar las estadísticas de la Organización Mundial de la Salud (s.f.). A la vez, como lo señala el papa Francisco (2020) en su encíclica *Fratelli Tutti*, se ha puesto en evidencia nuestra "...incapacidad de actuar conjuntamente" (art. 7), ya que el proyecto de hermandad universal se debilita por el egoísmo cínico, expresado con la indiferencia cómoda, fría y globalizada que impera en la actualidad (Francisco, 2020, art. 30).

¿Se puede modificar la conducta egoísta? ¿Es posible cambiar la actitud globalizada de la indiferencia? ¿Es viable la cultura del encuentro? Estas son preguntas que afloran en la mente cuando, al ver la realidad, reconocemos que estamos inmersos en una sociedad materialista, consumista e individualista, en la que ideologías como: el secularismo, "...movimiento de ideas y costumbres, defensor de un humanismo que hace total abstracción de Dios, y que se concentra totalmente en el culto del hacer y del producir..." (Juan Pablo II, 1984b, art. 18); el hedonismo, doctrina de origen filosófico que hace consistir el bien en el placer, en el cual el principio del egoísmo: 'mi placer sobre todo' excluye la moderación y el dominio propio, de modo que el ser humano encuentra su felicidad en el placer actual, inmediato y sensible; y el indiferentismo religioso, caracterizado por quienes "ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso" (Pablo VI, 1965, art. 19); nos desafían en la vivencia de la fe.

Al respecto, tomando en cuenta las palabras del papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exultate* (2018), en la cultura de hoy se manifiestan riesgos y límites, tales como:

...la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual. (art. 111)

Por tanto, se plantea en este artículo cómo evitar *el individualismo y las formas de espiritualidad sin encuentro con Dios*, a partir de la enseñanza del Maestro propuesta por el evangelista Lucas en el capítulo 10, 25-37: la exigencia de la caridad para la misión de los discípulos y misioneros de Jesucristo; es decir, pasar de la lástima, ante quien sufre, al compromiso práctico.

Ya el papa Juan Pablo II (2001), en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, advertía que: "Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación" (art. 52), porque como bien lo señala el papa Francisco (2013a): "Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad" (art. 262). Por lo tanto, es evidente la

preocupación ante el riesgo o tentación de vivir la experiencia de la vida cristiana, centrados en nosotros mismos, desvinculados de la comunidad y desconectados de la realidad histórica y eclesial.

Hay que retornar a la fuente original del discipulado para *aprender, interpretar y actualizar* cómo se enfrenta este riesgo o se vence esta tentación. De este modo, al fijar la mirada en Jesús, se observa que el Maestro utilizó las parábolas como recurso pedagógico para formar a sus oyentes. En ellas, a partir de una narración hipotética relacionada con circunstancias personales, laborales y sociales, sus oyentes podían inferir las consecuencias para su vida. Por consiguiente, se propone la parábola del buen samaritano como eje transversal de este artículo para *aprender* del Maestro, *interpretar* desde sus enseñanzas y *actualizar* su mensaje de amor aquí y ahora. Primero, se desarrollará el tema desde las generalidades del texto de Lucas, tomando en cuenta algunos comentarios de orden exegético, pastoral y espiritual del mismo (Pérez Millos, 2018; García Rodríguez, 2012; Mora Paz, 2012; González González, 2018), luego, se estudiará la categoría “experiencia de Dios”, a partir de los planteamientos de Boff (1983), Martín Velasco (2007) y Panikkar (2015), seguidamente, desde la revisión de las actitudes de los personajes de la parábola, se planteará el reto de vivir la espiritualidad de forma encarnada y no individualista, para finalmente, plantear “caridad” como criterio de autenticidad de la experiencia cristiana de Dios.

## **1. Aprender del Maestro, a partir de Lucas 10, 25-37**

García Rodríguez (2012), señala que el texto del evangelio de Lucas 10, 25-37 es la enseñanza del gran mandamiento del amor como requisito central en la misión de los discípulos de Jesús. Su estructura narrativa es didáctica, en la que el estilo de pregunta-respuesta se utiliza como metodología formativa. Al respecto plantea:

Lc ha elaborado su catequesis con un estilo personal. Podemos distinguir dos partes: la primera está integrada por una pregunta que un escriba dirige a Jesús, y la respuesta del Maestro; la segunda es una parábola mediante la cual responde Jesús a una nueva pregunta del escriba. (García Rodríguez 2012, p. 260)

La narración inicia con una pregunta por parte del maestro de la ley: “¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?”. Esta inquietud permite inferir que, para heredar hay que hacer, poner por obra algo o realizar tareas o acciones, en otras palabras, se requiere dinamismo, acción y compromiso, para nada se supone una actitud pasiva o estática. De modo que, la contrapregunta puesta por el autor sagrado en labios de Jesús, confronta al interlocutor en torno a su formación religiosa. La respuesta del maestro de la Ley da cuenta del estudio atento y concienzudo de la Torah. Jesús reconoce que la respuesta es acertada. A la vez, reta al legalista a ir más allá de lo que se imagina, pues le exhorta a actuar para vivir.

La segunda parte conocida como la parábola del buen samaritano, inicia con la otra pregunta del maestro de la Ley: “Y, ¿quién es mi prójimo?”. Se deja entrever que el prójimo es sujeto de compromiso ético desde la experiencia religiosa judía, pero con la parábola, el maestro de la Ley se ve confrontado en relación con la autenticidad de su experiencia de Dios, a partir del proceder indiferente de los dos personajes judíos que ven al herido, le dan un rodeo y siguen de largo. Mucho más inquirido se siente por el testimonio de solidaridad con el prójimo vulnerado que realiza el samaritano, pues no permanece estático contemplando la escena, sino que al verlo siente compasión, se acerca, cura sus heridas, se compromete llevándolo consigo a un lugar seguro y paga para que cuiden de él, todo esto sin saber quién es.

La contrapregunta de Jesús lleva a concretar claramente ¿quién es el prójimo? Y, la respuesta que da el maestro de la Ley lo compromete profundamente, pues señala la actitud responsable que se debe tener: misericordia. Finalmente, las palabras del Maestro: “Ve y haz tú lo mismo” (v. 37b), compelen al interlocutor, al reclamarle pasar del sentimiento a la acción concreta, con signos elocuentes que expresen no solo el conocimiento teórico de la Ley, sino que manifiesten la experiencia de Dios “...con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano” (Francisco, 2020, art. 79).

En síntesis, aprendemos a partir de las palabras del Maestro que, amar supone un compromiso práctico y que, poner en práctica sus enseñanzas, es decir, modelar su conducta amorosa y solidaria, implica cargar sobre sí las fragilidades de los demás.

## 2. Interpretar la experiencia religiosa

Esta aproximación se hará de manera deductiva, de lo general del concepto experiencia (Salvatini, 1996) a la caracterización de las adjetivaciones: religiosa y de Dios, a partir de los hombres del Templo y el samaritano. No se profundizará en las múltiples comprensiones y relaciones que comporta este concepto a nivel filosófico, psicológico, sociológico, religioso y ecuménico.

Recurriendo a la definición que el Diccionario de la Real Academia Española (s.f.) hace sobre la voz “experiencia”, encontramos que proviene del latín y significa:

1. f. Hecho de haber sentido, conocido o presenciado alguien algo.
2. f. Práctica prolongada que proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo.
3. f. Conocimiento de la vida adquirido por las circunstancias o situaciones vividas.
4. f. Circunstancia o acontecimiento vivido por una persona.
5. f. Experimento. (definiciones 1 a 5).

De lo anterior, podemos inferir que la experiencia está en relación con el sentir, con el conocer; es estar presente. Que es subjetiva, personal, por tanto, única. A la vez, que está vinculada con circunstancias o situaciones de la vida, de manera que, ante la realidad las inferencias no son intelectuales, sino vitales.

Panikkar (2015) condensa en una fórmula los elementos que conforman la experiencia, de la siguiente manera:

E=e.m.i.r. Lo que llamamos experiencia (E) es una combinación de la experiencia personal, inefable, única e irrepetible (e), vehiculada por nuestra memoria (m), moldeada por nuestra interpretación (i) y condicionada por su recepción en el conjunto cultural de nuestro tiempo (r). (p. 45)

La experiencia no es lo que al ser humano le pasa, sino lo que hace (aprehensión, interpretación y actualización) con lo que le pasa. Lo vivido por ser único e irrepetible se aprende subjetivamente, se interpreta desde los constructos familiares, sociales, culturales, morales o religiosos, y se actualiza en el momento y contexto histórico concreto. Como muy bien lo sintetiza Guerra Sancho (1991): la experiencia “es algo vital, que se padece en la propia carne; si no, no es experiencia” (p. 681).

Antes de esbozar, desde la narración bíblica, la adjetivación de la experiencia como religiosa, es necesario plantear que este remite al ámbito de la religión con sus relaciones psicológicas y socioculturales. Partimos de que el hombre es religioso por naturaleza, abierto a lo trascendente, dispuesto, desde lo profundo de su psiquismo (inconsciente) a la religación; por ende, es responsable de su ser en el mundo. La experiencia religiosa es la exteriorización de una creencia personal en un ambiente sociocultural específico, con manifestaciones y expresiones propias de la fe profesada. Así las cosas, el hombre está en capacidad de decidir sobre cómo vive su experiencia religiosa. En este orden de ideas, se exhiben experiencias religiosas: cristianas, musulmanas, hinduistas, budistas, judías, entre otras.

Fijemos la atención en la escena del encuentro y diálogo que nos sugiere el evangelista Lucas, para que como los discípulos tengamos la experiencia de la escucha atenta a las palabras del Maestro.

El autor sagrado presenta a un creyente específico: “*un maestro de la Ley*” (Biblia de Jerusalén, 2019, Lucas 10:25), quien en el diálogo con Jesús plantea una pregunta, que da cuenta de su experiencia religiosa judía, en la que el conocimiento y la puesta en práctica de la Torah manifiestan la coherencia entre la creencia y la experiencia, por tanto, así es posible heredar la vida eterna prometida a los justos (Biblia de Jerusalén, 2019, Daniel 12:2).

¿Vida eterna? ¿qué hacer para conseguirla? Estas preguntas son también nuestras. Al respecto Pérez-Prieto y Meza-Rueda (2016) comentando a Panikkar (2015) escribe:

... la suerte definitiva del ser humano («vida eterna») no es independiente de lo sucedido en la Tierra («vida temporal»). A este respecto, Panikkar reflexiona sobre el significado de la «vida eterna» y la promesa del Evangelio. Jesús nunca promete la *bios* eterna, sino la vida, la *zōē* eterna. La *zōē* es la vida en cuanto desborda todo individualismo. Más aún, se atreve a afirmar que una mejor traducción de la expresión *ainōnioszōē* sería «vida infinita» y no «vida eterna». De esta manera, no se daría la confusión que tenemos: creer que hay una «vida eterna» después de

la «vida temporal». Por el contrario, entenderíamos que la «vida infinita» es la dimensión en profundidad de esta vida. (p. 282)

De esta forma, como bien lo plantea Panikkar (2015): “La realidad no se agota en la temporalidad; no es ahora temporal y después eterna, sino tempiterna, todo en uno” (p. 276). La vida eterna, en definitiva, es vivir la vida a plenitud aquí y ahora, en el ejercicio del amor como bien responde el maestro de la Ley, quien recurriendo a la Torah plantea el doble movimiento: a Dios con todo el ser y al prójimo como a sí mismo. La respuesta acertada del creyente evidencia el estudio acucioso de la Escritura, recurso propio de la exégesis judía en el que dos textos se interpretan mutuamente, al sintetizar en una sentencia los versículos del Deuteronomio (6:5) y el Levítico (19:18). Con la segunda pregunta (Biblia de Jerusalén, 2019, Lucas 10: 29) da la impresión de querer clarificar: ¿quién es su prójimo? Esto se entiende al profundizar sobre su formación religiosa, en la que se comprendía al prójimo como el conocido, de la misma raza y credo. Al respecto, Benedicto XVI (2005) en su carta encíclica “*Deus caritas est*” refiere que:

Mientras el concepto de «prójimo» hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. (art.15)

En la narración de la parábola, aparecen otros dos creyentes judíos: un sacerdote (Biblia de Jerusalén, 2019, Lucas 10: 31) y un levita (Biblia de Jerusalén, 2019, 1960, Lucas 10: 32), ambos emparentados por el servicio en el Templo de Jerusalén, por el conocimiento de la Ley y por el lugar de residencia (muy probablemente Jericó, según la ruta descrita). Nieto Alba (2019), lo describe así:

Los sacerdotes estaban asistidos por los levitas, antiguos sacerdotes de los grandes santuarios que perdieron relevancia al centralizarse el culto en el Templo. Todos ellos pertenecían a la tribu de Leví. Así pues, el sacerdote y el levita nacían, no se hacían, y compartían las mismas restricciones en cuanto a matrimonio, siempre con hijas de sacerdotes. Los levitas se ocupaban del servicio musical en el Templo, lo abrían y cerraban; preparaban sacrificios y se cuidaban de la purificación; también ejercían funciones de vigilancia y política. (p.143)

Impacta la actitud indiferente que toman estos personajes frente al hombre herido, pues al verlo, dan un rodeo y siguen de largo. Para un conocedor de la Ley, el mandamiento del amor a Dios y al prójimo es evidente, de modo que la praxis de su experiencia religiosa debería exhibirse en coherencia con lo prescrito. No cabe duda de que el maestro de la Ley se siente identificado con estos dos creyentes destacados del ámbito religioso judío. Sobre su actitud algunos han comentado, a modo de justificación, que fue en orden a la observancia de las prescripciones sobre la pureza ritual, por el posible contacto con la sangre del herido. De todos modos, para los oyentes o lectores del texto no deja de sorprender la indiferencia y la falta de solidaridad ante quien ha sido vulnerado y está en situación de indefensión y necesidad. En la escena, aparece un tercer transeúnte (Biblia de Jerusalén, 2019, Lucas 10: 33), de origen samaritano, al respecto Nieto Alba (2019) comenta:

Ahora bien, el último escalón de la clasificación moral lo ocupaban los samaritanos, un pueblo mestizo judeo-pagano que se separó de los judíos y construyó su propio templo, sobre el Garizim. En el s. IV a.C. durante una fiesta de Pascua, los samaritanos profanaron el Templo al esparcir huesos humanos en sus pórticos. En el siglo I. d.C. las relaciones entre samaritanos y judíos eran tensas. Los judíos los consideraban impuros en grado sumo y causantes de impureza. (p. 144)

La actitud de este hombre considerado hereje en el ámbito religioso judío, manifiesta una actitud contraria a la de los servidores del Templo, pues al llegar a su lado, lo ve y se compadece del herido, expresando con acciones misericordiosas su preocupación: se acerca, cura las heridas, lo monta en su cabalgadura, lo lleva a una posada y paga para que le sigan cuidando. Es escandaloso para el maestro de la Ley aceptar que este hombre samaritano, hereje y no cumplidor de la Ley, exprese con sus acciones, de manera diáfana, su experiencia con el Dios de la misericordia que ama a todos por igual.

Vale la pena retomar, en este punto, los elementos planteados por Panikkar en relación con la "experiencia" (citado en Pérez-Prieto y Meza-Rueda, 2016), comentándolo dice:

Para él la experiencia no es tanto ciencia, episteme, ni algo puramente psicológico, sino «el toque con la realidad». «Toque ontológico que transforma nuestro ser más profundo»; este toque es «sentirse atrapados por una realidad más fuerte que nos penetra y trasforma». Ese toque, tal como lo indica nuestro autor, no es un objeto de conocimiento, sino que lo que se toca es «el dato inmediato de la realidad». Luego viene la interpretación de esa experiencia, que puede ser, según la clásica noción de los tres ojos (el sensible, el intelectual y el místico), de tres maneras: material (cuando vemos la realidad como perteneciente a nuestra sensualidad, como «excitando» nuestros sentidos), intelectual (cuando la vemos como perteneciendo al orden ideal) o mística (cuando nos damos cuenta que trasciende ambas). Cuando conseguimos la armonía somos conscientes de que al tocar la realidad «tocamos a Dios», porque Dios es la fuente de esa realidad (pp. 115-116).

El tercer personaje de la parábola tiene la experiencia en las tres dimensiones señaladas. Material, porque sintió compasión ante el herido. Intelectual, al comprender el ideal de bienestar ante la escena de sufrimiento y dolor. Mística, porque al ser compasivo trasciende el hecho y se compromete con su bienestar más allá de las fronteras de la raza, las creencias o la experiencia religiosa.

Para los discípulos y misioneros "el toque con la realidad" propuesto por Panikkar (2015), relacionado con el trabajo propuesto por la Teología de la Liberación y con las expresiones del papa Francisco, lleva a la comprensión del "toque" como una acción que conmueve la existencia, en tanto que es "tocar la carne de Cristo". Esta expresión ha sido utilizada por el papa Francisco en diversas ocasiones para señalar la experiencia del reconocimiento de las consecuencias teológicas de la encarnación del verbo de Dios en la humanidad, por tanto, la cercanía y compromiso con los vulnerados es compromiso con Jesucristo hoy, es tocarlo a Él, tocar su carne sufriente. Al respecto, en una celebración de canonización, el papa Francisco (2013b) dijo lo siguiente:

Madre Lupita se arrodillaba en el suelo del hospital ante los enfermos y ante los abandonados para servirles con ternura y compasión. Y esto se llama «tocar la carne de Cristo». Los pobres, los abandonados, los enfermos, los marginados son la carne de Cristo. Y Madre Lupita tocaba la

carne de Cristo y nos enseñaba esta conducta: no avergonzarnos, no tener miedo, no tener repugnancia a tocar la carne de Cristo. Madre Lupita había entendido qué significa eso de «tocar la carne de Cristo». (no. 3)

Y, como bien se expresa en el Concilio Vaticano II:

Quiere el Padre que reconozcamos y amemos efectivamente a Cristo, nuestro hermano, en todos los hombres, con la palabra y con las obras, dando así testimonio de la Verdad, y que comuniquemos con los demás el misterio del amor del Padre celestial (Pablo VI, 1965, art. 27).

Boff (1983), señala que la experiencia de Dios “para ser cristiana, debe ser calcada en la experiencia de Jesucristo” (p.82). Dicha experiencia comenzó, como se narra en el prólogo del evangelio según san Juan, con la autocomunicación de Dios, el infinito y trascendente se hace finito e inmanente, el misterio se hace carne, por ende, historia humana. Luego, “la vida del hombre Jesús es la vida de Dios, el amor del hombre Jesús es el amor de Dios; la aceptación y el perdón de Jesús de Nazareth, son el perdón y la aceptación de Dios mismo” (Boff, 1983, p.58). La experiencia novedosa en relación con el Dios del Antiguo Testamento se manifiesta por la intimidad con el “Padre de infinita bondad” (*Ibid.*, p. 64) que implica “la superación del Dios de la Ley por el Dios del amor y del perdón” (*Ibid.*, p. 59), por ende, la experiencia de Dios del cristiano se ha de manifestar con similares actitudes de acogida, comprensión y misericordia. Al respecto, Bernard (2007) plantea que, aunque parezca mera tautología, la experiencia cristiana deriva de Cristo (p. 98), en otras palabras, el Hijo ama como ama el Padre, por lo tanto, los discípulos han de ser compasivos como el Padre es compasivo (Biblia de Jerusalén, 2019, Lucas 6:36). En consecuencia, si se revisa en los evangelios el actuar del maestro, encontramos el mismo común denominador: aceptación, amor, misericordia, sanación y liberación.

Proponiendo como modelo la experiencia del samaritano, con las palabras de Juan Martín Velasco (2007), se puede indicar que:

Así, la experiencia de Dios, surgida en el centro de la persona, está llamada a transformar el conjunto de la vida y a desplegarse en el ejercicio de todas sus facultades y en todos los acontecimientos y todas las experiencias, incluso las más ordinarias de la vida. (p. 85)

A manera de síntesis, la existencia del ser humano es experiencia, el conocimiento de la religión y su expresión cultural es experiencia religiosa, y la relación con el Padre por el trato íntimo con Jesucristo en el Espíritu Santo es experiencia cristiana de Dios.

### **3. Actualizar la experiencia cristiana de Dios por el servicio al prójimo**

Ya se señaló que existen diversas experiencias religiosas, lo que implica diferentes modos de concebir la espiritualidad, tema que no se desarrolla en este artículo. Por consiguiente, definiremos qué se entiende por espiritualidad cristiana tomando en cuenta lo propuesto por Cunningham y Egan (2004) y Waaijman (2011), para luego plantear el paso de la espiritualidad individualista a la encarnada.



Lo espiritual está directamente relacionado con el espíritu. En nuestro caso, será con el Espíritu de Dios y el espíritu del hombre. La experiencia del creyente cristiano parte del encuentro personal e íntimo con Jesucristo vivo en el Espíritu. La experiencia espiritual cristiana es *aprehensión, interpretación y actualización* de la vivencia de la fe en el seno de la Iglesia. Esta vivencia es transformadora por la acción de la gracia, que a lo largo del proceso o camino personal va conformando al discípulo con Jesucristo, ilumina el entendimiento para la toma de conciencia de su filiación divina, le mueve a construir el reino saliendo de sí, en el ejercicio de la caridad y el servicio, pero, a la vez, le concede los carismas necesarios para la edificación de la comunidad fraternal y le infunde valentía para cumplir la misión encomendada.

La concreción de la espiritualidad cristiana se da en el testimonio de fraternidad. Por eso, la pregunta que abre la segunda parte de la narración, la parábola como tal, es fundamental en este momento: *¿quién es mi prójimo?* Al examinar la respuesta desde el conjunto del mensaje de Jesús expresado en los evangelios, se debe tomar en cuenta el texto sobre el juicio final (Biblia de Jerusalén, 2019, Mateo 25: 31-46), en el que el maestro se identifica con quien tiene hambre o sed, es forastero, está desnudo, enfermo o en la cárcel. Por el don de la encarnación del Hijo de Dios, la humanidad ha sido divinizada y la divinidad se ha hecho historia humana. Como bien lo expresa Boff (1983):

La experiencia última del hombre no es el hombre. Es la experiencia de aquello que trasciende al hombre; es la experiencia del Misterio. Cada hombre por más pecador y miserable que sea, no puede apagar la trascendencia que se revela en su semblante. [...] Es Dios en continua comunicación y auto-donación en la historia humana, a través de cada persona, misterio de Dios en el mundo. Amando al otro en radicalidad, estamos amando a Dios. «Si viste a tu hermano, entonces viste a Dios». (p. 54)

‘Ver al hermano’ es ‘ver a Dios’, en tanto que se contempla al verbo de Dios hecho carne en la persona de quien sufre, es reconocerle como hermano, aunque no lo sea biológica o socialmente, aún a pesar de que no exista cercanía alguna. El vulnerado se convierte en manifestación de Cristo sufriente en el instante en que se le ve y reconoce como hermano, pues como lo refiere Boff (1983) “la persona es el lugar y la manifestación encarnada del Dios de Amor, y del Amor de Dios y su acontecimiento de bondad en la historia de los hombres” (p. 53). Por consiguiente, amar al vulnerado es amar a Dios, comprometerse con él desde el mismo momento tempiterno, que da sentido y plenitud a la vida, por el toque con la realidad que es experiencia de Dios.

Resuenan las palabras del papa Francisco (2020) al definir la solidaridad como: “...sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común” y, al señalar que se expresa “en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás” (art. 115). Actualizar la cercanía, la acogida, la atención y cuidado del otro, como oportunidad para testificar el efecto de la fe, es honrar a Dios con el compromiso práctico de solidaridad con/por el hermano. En consecuencia: fe, culto y ética se relacionan concretamente en el otro a quien reconozco como

presencia de Dios, a quien reverencio amándolo como se adora amando a Dios y por quien me comprometo activamente en el servicio cordial y generoso.

Después de la parábola sigue el momento culmen del diálogo, en el que la confrontación se hace incisiva, porque revela el resultado de la toma de conciencia por parte del maestro de la Ley, acerca del proceso para heredar la vida eterna. Ante la pregunta que le formula Jesús: ¿Quién de estos tres te parece que se hizo prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" (Biblia de Jerusalén, 2019, Lucas 10:36). Su respuesta es reelaborada y precisada, a partir de las acciones concretas de misericordia ejecutada por el samaritano. Al respecto, el papa Juan Pablo II (1984) en su Carta Apostólica *Salvifici doloris* dice:

En efecto, entra [sic] los tres que viajaban a lo largo de la carretera de Jerusalén a Jericó, donde estaba tendido en tierra medio muerto un hombre robado y herido por los ladrones, precisamente el Samaritano demostró ser verdaderamente el «prójimo» para aquel infeliz. «Prójimo» quiere decir también aquél que cumplió el mandamiento del amor al prójimo. (art. 28)

Se podría plantear con otras palabras que a la respuesta de Jesús subyace el siguiente planteamiento: "Quien experimenta a Dios como Padre, experimenta al otro como prójimo y al prójimo como hermano". (Boff, 1983, p. 84).

El samaritano se convierte en el prójimo del prójimo vulnerado. Se pone en evidencia que todos somos "prójimo". En el rol del herido en tanto que podemos ser sujetos de lástima y/o compasión, pero, a la vez, en el rol del samaritano como agentes de misericordia y caridad.

Sugerentes son las palabras de Juan Pablo II (1984a) sobre la actualidad de este personaje para la reflexión teológica y pastoral:

Buen Samaritano es todo hombre, que se para junto al sufrimiento de otro hombre de cualquier género que ése sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad [...] Buen Samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que «se conmueve» ante la desgracia del prójimo. [...]

Por consiguiente, es en definitiva buen Samaritano el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea. Ayuda, dentro de lo posible, eficaz. En ella pone todo su corazón y no ahorra ni siquiera medios materiales. Se puede afirmar que se da a sí mismo, su propio «yo», abriendo este «yo» al otro. Tocamos aquí uno de los puntos clave de toda la antropología cristiana. El hombre no puede «encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás», Buen Samaritano es el hombre capaz precisamente de ese don de sí mismo. (art. 28)

En la narración, la experiencia vivida por cada uno de los que iban de camino es personal. La reacción de los 'hombres del templo conocedores de la Ley' estuvo marcada por su formación religiosa en torno a la comprensión del prójimo y no prójimo. Pero, la reacción del samaritano, en el encuentro cara a cara con la realidad del hombre vulnerado, indefenso, mal herido, medio muerto, es resultado del paso de la lástima al compromiso práctico, como expresión de la experiencia de Dios vivida en el encuentro personal con la realidad del sufrimiento.

Es un hecho que ante quien sufre se siente lástima, pero este enternecimiento no moviliza, sino que lleva a tomar una actitud pasiva, estática e indiferente, por tanto, se pasa de largo, muy a pesar de ver el sufrimiento. Pero, el salir de sí, pasar de la observación pasiva de la realidad al dejarse tocar por ella, moviéndose a la acción es la solidaridad evangélica, de manera que:

Si Cristo, conocedor del interior del hombre, subraya esta conmoción, quiere decir que es importante para toda nuestra actitud frente al sufrimiento ajeno. Por lo tanto, es necesario cultivar en sí mismo esta sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre. A veces esta compasión es la única o principal manifestación de nuestro amor y de nuestra solidaridad hacia el hombre que sufre. Sin embargo, el buen Samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten para él en estímulo a la acción que tiende a ayudar al hombre herido. (Juan Pablo II, 1984a, art. 28)

De lo anterior se concluye que el servicio a los hermanos (prójimo) como manifestación de la solidaridad, es expresión del compromiso práctico por la compasión/misericordia fruto de la acción del Espíritu en el creyente. Lo anterior determina la diferencia entre la espiritualidad individualista o intimista o falsa y la espiritualidad auténtica o encarnada. Ya que "... el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora" (Benedicto XVI, 2005, art. 15).

Esto se da por la identificación con el dolor ajeno, popularmente se expresa como sentir con el otro o ponerse en los zapatos del otro. En la parábola, el proceso afectivo se desarrolló desde el instante en el que el samaritano ve al hombre herido y se deja interpelar por su sufrimiento, "sintió lástima" pero, al detenerse y tocar su carne vulnerada, se conmueve en "compasión". Ver al herido, compadecerse, acercarse, vendar sus heridas, curarlas, llevarlo consigo y cuidarlo demuestran que se hizo responsable de la fragilidad del herido. Su actitud solidaria expresa diáfananamente la fuerza y autenticidad de su experiencia de Dios, al superar cualquier prejuicio para tocar al prójimo "medio muerto". Es aprehensión, interpretación y actualización de la sentencia: "*misericordia quiero, y no sacrificio*" (Cf. Biblia de Jerusalén, 2019, Oseas 6:6; Mateo 9:13).

En el momento efímero del presente "tempiterno" es cuando el creyente ha de mobilizarse en solidaridad. Juan Martín Velasco (2007), plantea que todo lugar y todo momento es propicio para vivir la experiencia de Dios, citando sus palabras:

Se trata, pues, más bien de captar la posibilidad de realizar la experiencia de Dios en todos los lugares y momentos de la vida y de articular de la forma más efectiva posible las distintas experiencias de Dios en la unidad de una vida toda ella acompañada por la Presencia de la que procede y a la que se orienta. (p. 68)

De modo que, apropiando los elementos de la parábola, es claro que la experiencia de Dios del samaritano desde el ejercicio de la solidaridad hace palpable la caridad. Ahora, ¿en qué momento se ha de actuar? ¿cuál es el protocolo por seguir? La actitud de proximidad con el herido acaece en la realidad de su itinerario comercial, es decir, durante su viaje o aventura de la vida diaria. Se ha de actuar en el momento temporal, efímero y eterno del presente. El protocolo será siempre el de la caridad fraterna, resultado del toque a la carne vulnerada, al "cuerpo de Cristo sufriente". Por

ende, el momento para actuar, desde la experiencia creyente es siempre tempiterno, porque la vida eterna se realiza en el toque de la realidad tempiterna, en el aquí y ahora de la salvación, donde se pone en juego y de manifiesto la radicalidad de la caridad, como expresión auténtica de la experiencia con el Dios del amor. La gratificación del discípulo y misionero está en la certeza de haber obrado según el querer divino, amando hasta el extremo como el Maestro.

En síntesis, el discipulado parte de la experiencia del encuentro personal con Jesucristo, que conlleva un estar con él y salir a dar testimonio, supone *metanoia* e implica la transformación de la vida por la acción vivificante del Espíritu. Y es ahí, cuando se puede verificar la experiencia cristiana, en la medida que ésta no se queda en algo individual e intimista, sino que se concreta en una actitud fraterna y solidaria, al asumir las fragilidades de los demás y buscar su bienestar.

#### 4. La caridad como criterio de autenticidad de la experiencia de Dios

Ya el apóstol Santiago lo señalaba:

Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: «Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran», pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta. (Biblia de Jerusalén, 2019, Santiago 2:14-17)

Al respecto el Papa Francisco (2013a) en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, señala que: “El kerygma tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad” (art. 177).

El concepto caridad, en el ámbito cristiano, remonta sus orígenes a la palabra *ágape* en el sentido usado por el griego bíblico. Denota el amor de Dios expresado a la humanidad como donación de sí, en la persona su hijo amado Jesucristo. En él, el amor se hace misericordia por y con los demás hombres, por eso, el amor divino es la fuente del amor entre nosotros (Benedicto XVI, 2005).

Al ser traducido al latín “*charitas*” asume todo este contenido semántico, por eso, más que lástima es compromiso práctico, citando a Sbaffi (1991):

Así pues, en el lenguaje bíblico el término “caridad” expresa en su más alto nivel el concepto “amor” y abarca el de “misericordia”, ya se trate de la relación entre Dios y los hombres, entre los hombres y Dios y de los hombres entre sí. El amor es la fuente de la caridad, y la misericordia, su manifestación. Conviene, además, subrayar que en la espiritualidad cristiana el término “caridad” no tiene el significado superficial con que corrientemente se emplea para indicar la práctica de la beneficencia, aunque ésta sea uno de sus frutos, sino que quiere expresar la forma cristiana de la misericordia y del amor. (p.157)

De manera que el amar, con palabras y obras, es compromiso ético, manifestación de la auténtica experiencia de Dios. Al respecto el papa Francisco (2013a) dice que:

Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro «como uno consigo». Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. (art. 199)

La experiencia de Dios se hace auténtica en el servicio y amor a los demás. Al respecto, cito a Martín Velasco (2007):

La experiencia cristiana de Dios no se realizará, pues exclusivamente, ni en los sentimientos ni en unos actos religiosos, separados de la vida y paralelos a ella. Se encarnará, sobre todo, en una determinada forma de vivir que reproduce la forma de vivir que Jesús ha instaurado como realización del Reino de Dios. Y como lo esencial de la forma de vida de Jesús se resume en su ser para los demás manifestado en el amor y en el servicio, la experiencia cristiana de Dios tendrá su manifestación más auténtica en el servicio y amor a los demás. Por eso cuando Jesús quiere enseñarnos cómo reconocer su presencia, la presencia de Dios en él, nos remitirá a la escucha de la palabra, al cumplimiento de su voluntad y la atención a los más necesitados: tuve hambre y me diste de comer... Jesucristo, sacramento de Dios, se prolonga así en el sacramento del hombre como lugar privilegiado para el encuentro con él y en él con Dios. (p. 84)

Resalto algunos elementos. Primero, la experiencia de Dios es el resultado del itinerario personal que el creyente ha recorrido, donde el contacto de comunión con el Maestro le ha transformado ontológicamente, por tanto, en la captación de la realidad que hace el discípulo puede reconocer su Presencia en los diferentes acontecimientos de la vida personal y social.

Segundo, la auténtica experiencia de Dios no es egoísta pues, por la gracia divina, mueve al discípulo a ser caritativo, es decir, lo descentra de sí para situarlo en relación fraterna con el ser humano. Tampoco es intimista, aunque involucre las emociones y los sentimientos, pues desde la lástima que siente el discípulo ante la realidad de vulnerabilidad, se conmueve en compasión y de ahí se moviliza al compromiso práctico con quien sufre. Tampoco es individualista porque es capaz de reconocer el imperativo ético del compromiso con el prójimo que es hermano y presencia de Dios en la historia. Tampoco es elitista puesto que no se queda reducida a un grupo pequeño y selecto, sino que por el impulso divino experimenta la vulnerabilidad humana como lugar de encuentro común y oportunidad para la responsabilidad social comunitaria.

Tercero, las expresiones de la auténtica experiencia de Dios son las mismas de Jesús, que se encuentran narradas en los evangelios, a saber: aceptar, amar, acoger, sanar, liberar y servir, todo esto sin esperar nada a cambio. En el amor y el servicio se resume el actuar creyente. Por lo tanto, el discípulo y misionero, continúa y completa la vida de Jesús en la tierra como enseña san Juan Eudes.

De lo anterior, se sigue que el sentido ético de la parábola radica en el compromiso práctico del creyente, que por la compasión ante la vulnerabilidad humana se mueve a la acción solidaria. El compromiso cristiano se entiende a partir de la encarnación del Hijo de Dios, por el misterio del

hombre Dios, que en la parábola “nos lleva a reconocer a Dios, ya en el prójimo herido, ya en el mismo samaritano que acude en su auxilio” (González González 2018, pp. 536-537). En definitiva, no se puede heredar la vida eterna si no es actuando a la manera de Jesús, en otras palabras, no es posible si no es desde el ejercicio de la caridad por medio de acciones de amor y misericordia, todo fruto de la configuración con Jesucristo por el Espíritu en el toque de la realidad tempiterna.

## Consideraciones finales

La coherencia entre la fe que se profesa y la vida que se lleva es fundamental para la credibilidad de la experiencia de Dios. A partir del texto de Lucas 10: 25-37, nos hemos podido cuestionar en relación con nuestra experiencia creyente, la vivencia de nuestra fe, la relación con el otro, el sentido de la vida y las consecuencias éticas del seguimiento de Jesús. Por lo tanto, planteo a continuación unas ideas conclusivas al respecto.

Primero, todo ser humano por ser espiritual está abierto a la trascendencia, de modo que no está orientado a una vida en la que la finitud y la limitación orienten su existencia, el momento presente no puede convertirse en una oportunidad para dejarse arrastrar por el vacío, sino que por el contrario se ha de vivir como tempiterno, en el que lo temporal se hace eterno y, por ende, oportunidad para la vida en plenitud por el sentido que se le da a la existencia.

Segundo, para el caso de los discípulos y misioneros de Jesucristo, la realidad de la vulnerabilidad humana ha de remecernos interiormente pero también ha de llevarnos a la acción como ha sido señalado. No será una experiencia espiritual falsa si se reconoce en el prójimo vulnerado la persona de Cristo, porque al tocar la carne vulnerada, en ese “toque de la realidad”, por ser místico es un tocar, en el momento tempiterno, la carne de Cristo.

Tercero, la experiencia de Dios del samaritano se plantea como modelo de auténtica experiencia de Dios por la aprehensión de la palabra revelada: “amor a Dios y a los hermanos”, interpretación de la realidad humana de sufrimiento como compromiso fraterno solidario y actualización del mandato divino del amor por el ejercicio de la caridad en el momento tempiterno de la historia.

Finalmente, la caridad se expresa en el paso de la pasividad a la acción, de la lástima al compromiso práctico por medio de acciones concretas, tales como: ver, acercarse, tocar, curar, soportar y responsabilizarse sin esperar nada a cambio. Porque en la experiencia cristiana de Dios nos sabemos hijos del mismo Padre, hermanos de Jesucristo y templos del divino Espíritu. Se verifica la experiencia de Dios por la acción de “tocar el cuerpo de Cristo”, al acercarse y comprometerse con quien está medio muerto física, mental o moralmente.

## Referencias Bibliográficas

- Benedicto XVI. Vaticano II. *Deus Caritas Est. Carta Encíclica a los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el amor cristiano*. 25 de diciembre de 2005. <https://bit.ly/3wWgGPG>
- Bernard, C. A. (2007). *Teología espiritual : hacia la plenitud de la vida en el espíritu* (A. Ortiz y V. Hernández, Trads.). Sígueme.
- Biblia de Jerusalén (2019). (5a ed.). Desclée De Brouwer.
- Boff, L. (1983). *La Experiencia de Dios* (3a ed.). Confederación Latinoamericana de Religiosos.
- Pablo VI. Vaticano II. *Gaudium et spes. Constitución pastoral, sobre la iglesia en el mundo actual*. 7 de diciembre de 1965. <https://bit.ly/39fpSWu>
- Cunningham, L. y Egan, K. (2014). *Espiritualidad cristiana: Temas de la tradición* (M. C. Blanco Moreno y R. A. Díez Aragón, Trad.). Sal Terrae.
- Francisco. Vaticano II. *Evangelii Gaudium. Exhortación Apostólica a los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a los fieles laicos sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual*. 24 de noviembre 2013a. <https://bit.ly/3xpDmqK>
- Francisco. Vaticano II. *Gaudete et exultate: Exhortación Apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo*. 19 de marzo de 2018. <https://bit.ly/3aFswoz>
- Francisco. Vaticano II. *Homilía del Santo Padre Francisco. VII Domingo de Pascua*. 12 de mayo de 2013b. <https://bit.ly/3tsBsEi>
- Francisco Vaticano II. *Fratelli Tutti. Carta Encíclica sobre la fraternidad y la amistad social*. 3 de octubre de 2020. <https://bit.ly/3trFvkm>
- García Rodríguez, S. (2019). *Evangelio de Lucas*. Desclée de Brouwer, 2012.
- González González, A. (2018) En torno al Buen Samaritano. *Lecturas del Siglo XX. ScriptaTheologica* 50(3), 533-557. <https://doi.org/10.15581/006.50.3.533-559>
- Guerra Sancho, A. (1991). Experiencia Cristiana. En S. De Fiores y T. Goffi (Eds.), E. Requena, A. Ortíz, J. Aguirre, E. Varona, y F. Ares (Trads.), *Nuevo diccionario de espiritualidad* (4a ed., pp. 680–688). Paulinas.
- Juan Pablo II. Vaticano II. *Salvifici doloris. Carta apostólica a los Obispos, sacerdotes, familias religiosas y fieles de la Iglesia Católica sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano*. 11 de febrero de 1984a. <https://bit.ly/3Heeczv>
- Juan Pablo II. Vaticano II. *Reconciliatio et paenitentia. Exhortación apostólica post-sinodal. al episcopado al clero y a los fieles sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la iglesia hoy*. 2 de diciembre de 1984b. <https://bit.ly/3zs15cp>
- Juan Pablo II. Vaticano II. *Novo millennio ineunte. Carta Apostólica, al episcopado al clero y a los fieles al concluir el gran jubileo del año 2000*. 6 de enero de 2001. <https://bit.ly/3O2aBqy>
- Martín Velasco, J. (2007) *La experiencia cristiana de Dios*. Trotta.

Aprender, interpretar y actualizar: una manera de vencer la tentación de la espiritualidad individualista

Mora Paz, C. (2012) *Comentario al evangelio de Lucas: un comentario para la actividad pastoral*. Verbo Divino.

Nieto Alba, E. A. (2018). Pobres, Marginados e indignados en el Evangelio de Lucas. En J. A. Álvarez-Pedrosa, M. López Salvá, y N. Sánchez Madrid y I. Sanz Extremeño (Eds.), *Los orígenes del cristianismo en la literatura, el arte y la filosofía* (Vol. 2, pp. 141–156). Dykinson. <https://doi.org/10.2307/j.ctt22nmdft.12>

Organización Mundial de la Salud. (s.f.). *Who coronavirus (COVID-19) dashboard*. World Health Organization. <https://covid19.who.int/>

Panikkar, R. (2015). *Obras completas: mística y espiritualidad* (Vol. 2). Herder. <https://doi.org/10.2307/j.ctvt9k5gz>

Pérez Millos, S. (2018). *Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento: Lucas*. CLIE.

Pérez-Prieto, V. y Meza-Rueda, J. (2016). *Diccionario panikkariano*. Herder.

Real Académica de la Lengua (s.f). Experiencia. En *Diccionario de la Real Académica de la Lengua*. Recuperado el 16 de mayo de 2021 en <https://dle.rae.es/experiencia?m=form>.

Sbaffi, M. (1991). *Caridad*. En S. De Fiores y T. Goffi (Eds.), E. Requena, A. Ortiz, J. Aguirre, E. Varona, y F. Ares (Trads.), *Nuevo diccionario de espiritualidad* (4a ed., pp. 151–167). Paulinas.

Salvatini, G. M. (1996). Experiencia. En L. Pacomio (Dir.), A. Ortiz García (Trad.), *Diccionario Teológico Enciclopédico* (2a ed., pp. 371-372). Verbo Divino.

Waaijman, K. (2011). *Espiritualidad: formas, fundamentos y métodos* (F. J. Molina de la Torre, Trad.). Sígueme.

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Rodríguez Suárez, J. G. (2022). Aprender, interpretar y actualizar: una manera de vencer la tentación de la espiritualidad individualista. *Cuadernos de teología – Universidad Católica del Norte (En línea)*, 14, e4947. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-4947>



doi

Copyright del artículo: ©2022 José Rodríguez



Este es un artículo de acceso abierto, bajo licencia Creative Commons BY 4.0.